

# NARRATIVA DE CORDELIA



# La España Negra



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2026

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Prólogo: © José Esteban, 2026

Ilustraciones de sobrecubierta: Detalle de *Máscaras bailando del brazo* (1938)

Ilustraciones cubierta: *Máscaras en las afueras [entierro de la sardina]* (1932-1933)

IBIC: JHMC | Thema: JHMC

ISBN: 979-13-87599-41-6

Depósito legal: M-12695-2026

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# La España Negra

José Gutiérrez-Solana

*Prólogo de José Esteban*



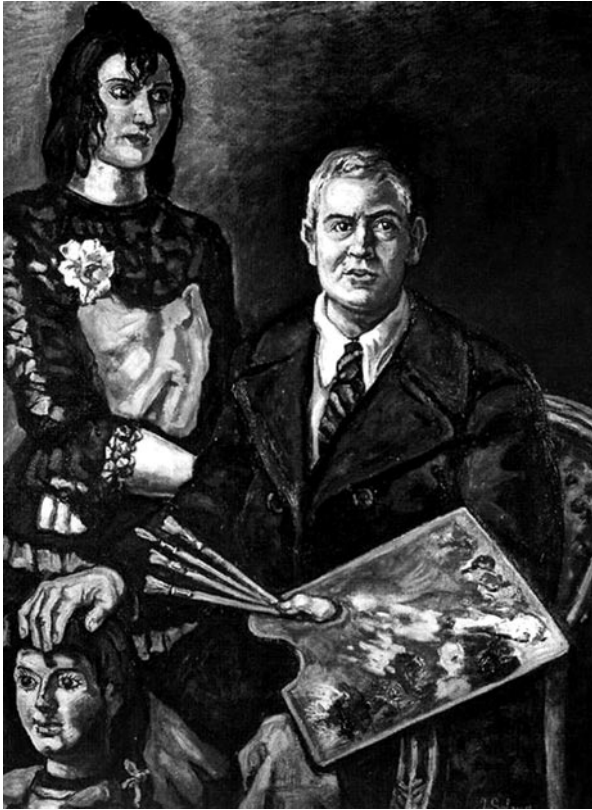


# Índice

<i>Prólogo</i>   El esperpento de la decadencia	11
<b>LA ESPAÑA NEGRA</b>	<b>21</b>
Prólogo de un muerto	25
SANTANDER	33
UN ENTIERRO EN SANTANDER	43
LA FERIA	53
El tiro del tonel	60
El pim pam pum de la risa	60
El museo de figuras de cera	61
Las figuras mecánicas.	
Potoloschy y su sory	65
Los <i>clowns</i> malabaristas	65
Las demás figuras de cera	67
EL SAGRADO CORAZÓN	71
La procesión	74
SANTOÑA	79
El presidio	82
Las demás salas del penal	85
Los locos	89
La corrida de toros en Santoña	92

ROMERÍA DE LA APARECIDA	95
MEDINA DEL CAMPO	107
El pueblo	109
VALLADOLID	119
El museo	130
Los bajorrelieves anónimos	131
Las esculturas de Berruguete, Juan de Juni y Gregorio Hernández	132
Gregorio Hernández	134
LA PLAZA MAYOR DE SEGOVIA	139
ÁVILA	151
El mercado	156
Las monjas	159
Las solitarias de Ávila	160
La ermita del Cristo de las embarazadas	162
La casa de Santa Teresa	165
Las murallas	168
OROPESA	173
Entrada en Oropesa	174
La pesadilla	175
Museo de cerámica de Oropesa	180
Los hombres de Oropesa	184
Las mujeres	185
Las calles	186
La boda	190
En plena fiesta	191
Camino de Lagartera	192
TEMBLEQUE	197
Los carreteros de Tembleque	206

Los carros	207
Las mulas	209
La marcha	210
PLASENCIA	211
La taberna taurina de Plasencia	216
Las mujeres de Plasencia	218
Salida de Plasencia	219
CALATAYUD	223
Entrada en Calatayud	223
Los cafés	224
Las calles	228
La plaza de la Constitución	230
El pregón	237
La procesión	238
Terrer	245
La degollación de los inocentes	246
ZAMORA	251
En la plaza de la Puebla	254
El hospital de San Lázaro	256
La catedral	258
Las mancebías	261
La iglesia del Hospital	262
La ermita de Jesús el pobre	263
El lavatorio de pies	264
El osario de Zamora	266
Los curas pobres	268
La partida	271
Zuloaga	272
EPÍLOGO	277



*Autorretrato con muñeca* (1943), de José Gutiérrez-Solana.

## Prólogo

# El esperpento de la decadencia

**D**E VEZ EN CUANDO, cuando le peta y le sale de dentro, José Gutiérrez-Solana (1886-1945) deja quietos los pinceles —que descansan, como las flores en sus jarrones blancos— y se dedica a escribir:

—¿Qué hace ahora?

—Ahora se escribe.

Su visión de la realidad cambia de procedimiento para repetirse, y con su pluma de manguillero largo —¡a cualquier hora emplearía él una estilográfica!— escribe lo que recuerda y vuelve a la calle.

Escribe en un comedor y va tirando las cuartillas por el suelo, como sembrador de proclamas, pues tiene orden la criada de recogerlas mañana por la mañana. En esos días que escribe se queda solo, fumando y bebiendo, y su sensación es la de viajar, tanto que cuando se acuesta en la cama lo hace vestido con botas y todo, como si viajara.

Sus cuartillas son bravas, sinceras, y se permiten la espontaneidad suprema en faltas de ortografía; tanto, que

en la imprenta le cobran un plus para corregir y poner en prosa legible su prosa con tropezones.

«¡Qué España la de Solana! ¡Qué España la que él ve!». Porque como bien dice Romero Calvet, «está en el punto desde donde se ve todo».

Todo esto nos lo contó su amigo Ramón Gómez de la Serna.

Según Camilo José Cela, al pintor José Gutiérrez-Solana le vienen bien estas palabras de Baroja: «Yo creo que aquí (en la literatura, en el estilo) debe pasar como en un retrato, que es mejor como retrato (no como obra artística) cuando más se parezca al retratado, no cuanto más bonito sea».

Para el escritor gallego, Solana fue un clásico en cuanto procuró reflejar lo que veía con la mayor precisión y la más exacta objetividad posibles. Así fue al mismo tiempo tan gran pintor como escritor. Díez Canedo, en la nota que publicó en la *Revista de Occidente* sobre sus cuatro primeros libros, nos dice: «El caso de que un pintor escriba no es raro ni nuevo. Menos frecuente, sin embargo, que las cualidades que muestra en una de las dos artes logren equivalencia cabal en la otra». Azorín afirma: «La pintura de Solana tiene su correlación lógica en el arte literario del pintor».

Pues bien, José Gutiérrez-Solana, escribió y firmó un libro con este negro título *LA ESPAÑA NEGRA*.

Se trataba de su tercer libro. Los dos anteriores fueron dedicados a un Madrid no menos negro. Se ve bien que el negro fue el color preferido de su paleta, no demasiado rica en colores.



Después de un prólogo alucinante, en que el viajero sueña que está muerto y encerrado en un negro ataúd, el pintor más negro de España emprende un no menos negro viaje en busca de una España no menos negra. Una Es-

paña que existe y que ya descubrió el poeta Verhaeren acompañado del pintor Darío de Regoyos.

Lo curioso es que esa España contó también con sus pintores. Y entre ellos Solana.

Para no carecer de nada, el libro cuenta también con una especie de epílogo muy ilustrativo y donde el pintor habla de sí mismo, a lo que no nos tiene muy acostumbrados. «Después de este largo viaje —nos dice— me encuentro por fin en casa, un poco cansado, más envejecido, algunas canas brillan en mis sienes y la juventud parece que quiere despedirse de mí».

Tiene, nos sigue contando, su vieja maleta abierta en medio de la habitación, toda revuelta. Más lejos, y apoyándose en la pared, están sus botas.

En un testero está el cuadro de la tertulia de Pombo; «son los buenos amigos del café, a los que mando mi primer saludo. Es un cuadro a medio conseguir, y ahora verdaderamente siento el no haberle podido dar una forma más acertada y decisiva». En el cuadro, vemos el prodigioso espejo de Pombo, ese espejo cinematográfico cuya luna patinada cambia constantemente de expresión. «Pero este cuadro —afirma— resulta pobre. Faltan grandes artistas, donde están Iturralde, los hermanos Zubiarre, Bagaría, Maeztu, Rusiñol, Moreno-Calvet, Victorio Macho; no puede dar idea ninguna de su animación, de esas mesas que se van llenando de contertulios».

*La España negra*, lo dijimos, tuvo también sus pintores. El pintor, sin querer contar historia, en sus cuadros nos deja monumentos históricos de gran valor. En Velázquez encontramos verdaderas biografías, y así, lo mismo

que viendo un cuadro del Greco entendemos la situación social de la España de Felipe II, viendo los pintores de la España negra entendemos la España de finales del siglo XIX y los primeros años del XX.

¿Quiénes fueron estos pintores? Según otro pintor-poeta, José Moreno Villa, los que se emparejaron con los intelectuales del 98. Sobre todos sobresalen dos: Solana y Zuloaga. Pero también los hermanos Zubiarre, Ricardo Baroja, Arteta, Echevarría, Romero de Torres, Vázquez Díaz...

Por estos años, Goya, muerto un siglo antes, se hizo presente con fuerza y gran poderío y acompaña a los artistas en sus trabajos. «Cuando Solana pinta sus fachosas mascaradas, sus verdinegras procesiones y celajes medrosos, sus grupos de obispos, marinos viejos y señoras rancias, acartonados o momificados, en salas o ámbitos estrechos, sin aire vivo ni luz tierna, como encerrados en un fanal, don Francisco, paladeando una copa de cazalla, le asiste» (Moreno Villa). Porque a principios del XX, Goya andaba por el Ateneo, los estudios y las tertulias cafeteriles, y en las cabezas de los intelectuales. Se le admiraba muy especialmente por haber descubierto la cara negra de la nación y haberla sabido expresar plásticamente con energía tanto en lienzos como grabados y dibujos.

El goyismo de Solana creemos que es de ejecución. Ve a sus personajes como figuras o muñecos de palo y como momificados. Nos atrevemos a afirmar que Solana no comprende el sentido crítico de Goya.

Siguiendo a otro pintor-escritor, Moreno Villa, pensamos que a Solana le sucedió un fenómeno muy interesante:

llegó a enamorarse de la España negra. Le gustaba vivir en la suciedad y el embrollo. Si volvió a Madrid después de la guerra fue porque no podía vivir sin la cochambre, sin lo monstruoso y misterioso, sin lo negro de España.

En Solana, sus libros se emparejan con su pintura. En el prólogo a su *Madrid callejero* escribe: «Entre estos traperos hay tipos admirables, de hombres ahorrativos y avaros; ellas, con su cara grasienta como rifeñas, con el pañuelo atado por la frente y caído en pico sobre la espalda, y la toquilla mugrienta atada muy baja, al vientre que es lo que quieren tener más abrigado mientras lavan y dan de comer a los críos, “parecen figuras de madera de un nacimiento antiguo”». En esta última frase está su acercamiento y parentesco con el esperpento valleinclanesco.

En resumen, Solana vivió con fruición la España negra, que retrató con sus pinceles y con su pluma, de un modo personal e intransferible, esperpéntica y grotescamente, y a su modo también goyescamente.

JOSÉ GUTIÉRREZ-SOLANA no necesita presentación alguna como escritor. Desde 1913, fecha de su primer libro, hasta 1929 sus páginas fueron apareciendo con cierta regularidad, si bien fue en los últimos años de su vida cuando encontraron eco y cierta popularidad. Sus dos biógrafos más significativos, Ramón Gómez de la Serna y Manuel Sánchez Camargo, publicaron variadas noticias de su pintoresca vida y su obra pictórica; pero dedicaron no excesiva atención a su obra literaria, y hasta la llegada de Camilo José Cela y su discurso de ingreso en la Academia de la



Lengua, dedicado a su labor literaria, no adquirieron sus atractivas páginas carta de naturaleza. Era en 1967.

La literatura de Solana es de esas que rechazan los estúpidos porque tan solo es descriptiva. Y, así, sus libros están llenos de tipos atractivos, a veces por su repulsión.

«El último plato era un pollo muy duro, nadando en una salsa negra; al señor enfermo de la calva de madera barnizada le reservaron la pata, según costumbre que dijo que él tenía; este hombre triste, mientras comía la pata,

sus mandíbulas parecían desencuadernarse y que se le iban a caer las barbas; mordía mucho la pata y después que la dejó pelada empezó a dar golpes con la pata en el plato como con el palo de un tambor». (*La España negra*).

Los hombres de Oropesa, los carreteros de Tembleque, las mujeres de Plasencia, son grandes tipos.

Vibrantes fueron las discusiones acerca de las influencias en Solana de sus coetáneos de la generación del 98. Se le ha acercado, sobre todo, a Baroja y, en algunos aspectos, a Azorín. Yo añadiría el de Ciro Bayo, pues fueron comunes sus afanes viajeros para contar España.

Es muy cierto que Solana convivió con la gente del 98. Asistía a sus tertulias del Café Levante. «Así Solana va ya consagrado al café de Levante... donde no le acaban de comprender, aunque le admiran. Le hacen rabiar. Valle-Inclán a veces se ensaña con él y a veces le deja hablar y le admira y Pío Baroja que le ve a veces en el café y otras veces en su casa, yendo con él de paseo, aprende su habla, su modo de mirar las cosas de carácter, su montañerismo abrupto». (Ricardo Baroja).

Algún crítico, al comentar la afirmación de Ramón Gómez de la Serna de que Solana influyó en el estilo de los esperpentos de Valle-Inclán, dijo «que estos son más solanescos que goyescos» y Alberti, en su poema a Solana, escribe: «Lo más goyesco, / quevedesco, / valleinclanesco / del cuesco».

JUAN DE LA ENCINA habla de lo consciente que era Valle-Inclán del valor de Solana. «Con el gran Don Ramón del Valle-Inclán, su amigo y adivino, Solana es de los que no

naufrogan en el Café Levante... Claro está, era el mejor pintor de todos ellos. Don Ramón y sus amigos supieron verlo. Pero ¿qué hay de solanesco en los esperpentos?». El concepto de la *España negra* es común a ambos.

Algunos estudiosos de Solana piensan que el esperpento, en el fondo, es el mismo concepto de la España negra tratado por un eficaz fermento literario.

Pero aún hay más. Les une su método de deshumanización. Los personajes se cosifican, son tratados como objetos, máscaras, fanticos, pero nunca seres humanos.

Para conseguirlo, tanto uno como otro, Valle-Inclán y Solana, buscan lo que es implícitamente caricaturesco o grotesco. Las máscaras solanescas son esperpentos prefabricados, caricaturas de la sociedad, y sus charlatanes y sus curas hipócritas y otros muchos personajes lo son, Pedro Salinas dijo que un día el modernista Valle-Inclán sintió el dolor de España, sintió angustia y nació el esperpento.

De lo que no hay ninguna duda es de que Solana encarna en alto grado el espíritu del 98. Que, como Azorín, trata a las personas como si fueran objetos. De los personajes de Solana se ha dicho que son títeres sobre los que acaecen hechos. «No se olvide —escribió de la Encina en 1929— que Solana es el 98 hasta las cachas... Pero Solana es el peñasco resistente a prueba de embates y marejadas de la pintura del 98; ahí está él como siempre impávido y tenebroso, y las variaciones que se advierten a lo largo del tiempo, más que de concepto y visión son principalmente de técnica, o dicho con mayor rigor, de su manera de pintar». Lo mismo pasa con su personal prosa.

Por todo ello, cuando el 24 de junio Solana bajó al sepulcro, nos había dado seis ejemplares y breves libros:

los dos dedicados a Madrid (*Madrid callejero* y *Madrid, escenas y costumbres*), *La España negra*, *Dos pueblos de Castilla* y *Florencio Cornejo*. Era en 1945.

El escenario de Solana se acuerda en todo momento con sus personajes y con sus temas. Madrid y la España árida, la carpetovetónica España de la barbechera y el rebaño merino.

A Solana se le atribuía el no haber leído ningún libro. Se le achacaba no estar influenciado por otros escritores anteriores o por sus coetáneos, y el no haber sabido organizar su obra y haberse dejado llevar por sus obsesiones y monomanías. Quizá en esto radique su atractivo y encanto.

JOSÉ ESTEBAN

# La España Negra







Al gran escritor Ramón Gómez de la Serna  
dedico este libro de *La España negra*, con  
mucho admiración y amistad.

J. G.-S.



## Prólogo de un muerto

YO, LECTOR, tenía anunciado hace seis años, pero en proyecto más de quince, escribir un libro llamado *La España negra*; tenía ya empezados los primeros artículos, por los que tuve que emprender muchos viajes y no pocos sacrificios y molestias, y más tarde, a fuerza de trabajo, pues todo cuesta trabajo, casi terminado el libro, me encontré con el rabo por desollar: me faltaba lo principal, me faltaba el prólogo. ¿Sería incapaz de hacerlo? ¿Tendría que recurrir a otro?

Esto me tenía atrozmente preocupado, pues yo, desde chico, había oído decir que solo los dementes y los niños están incapacitados, y la sola cosa de ir a casa de Esquerdo o ponerme la chichonera de una criatura en la cabeza a mi edad, agriaba mi carácter, me ponía fuera de sí. Además oía continuamente una voz escalofriante, una voz que me producía calambres y que me repetía a todas horas: tú no verás publicado tu libro; si lo llevas a un editor, te lo rechazará; tienes que tener en cuenta que todos los editores y libreros son muy brutos, y que la mayoría, antes de serlo, han sido

prestamistas o mulas de varas, y si lo llegaras a dar a la estampa por tu cuenta, no dejaría de ser un atentado a la Academia de la Lengua; esto no te debe preocupar, porque todos los académicos no son más que idiotas, mal intencionados.

Pero te veo muy mal; tu salud está muy resentida; cada día bebes más vino, más cerveza, más alcoholes y fumas más, y el día menos pensado haces crac, como una bota vieja; en fin, tú verás; lo mejor que puedes hacer es acostarte temprano y cuidarte.

Estas fatídicas palabras parece que se han cumplido. Yo me he muerto, lector, creo que me he muerto; este libro quedará sin prólogo.

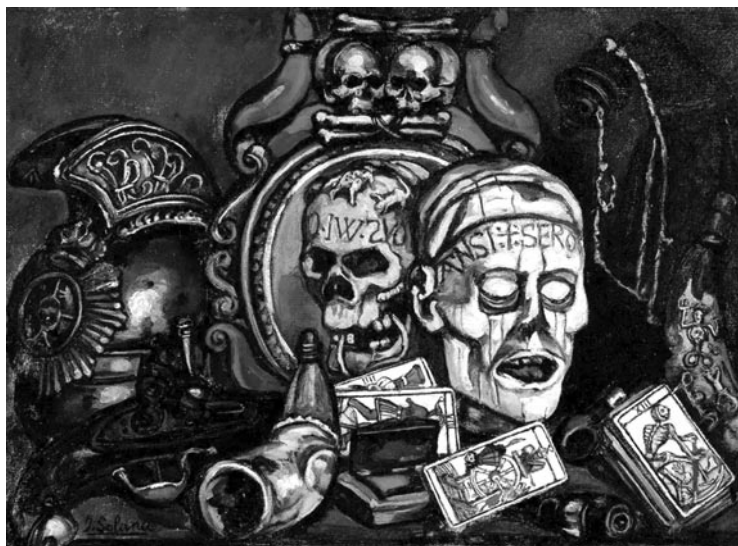
Aquel maldito dolor de cabeza, aquel resonar de huesos, aquella distensión de los tendones que parecía arrancar la carne, tenía que terminar en tragedia, y así ha sucedido.

¿Era yo el que estaba metido en un ataúd muy estrecho, con unos galones amarillos y unas asas y cerraduras que tenían puestas las llaves pintadas de negro como los baúles del Rastro, y la tapa que iba a encerrarme para siempre, arrimada a la pared, con una larga cruz amarilla y con mis iniciales J. G.-S. en tachuelas tiradas a cordel, y una ventana encima de estas letras con un cristal?

Así ha sucedido; soy yo el que me veo entre cuatro velas, que proyectan fantásticas sombras en la habitación y que es lo único que me distrae en esta soledad; tengo los brazos rígidos a lo largo del cuerpo; en las mangas se me han hecho algunas cortaduras<sup>1</sup>, lo mismo que en el pantalón, por las que asoma el blanco de la camisa y el

---

<sup>1</sup> Entre la gente del pueblo y pobre que viste a los muertos, existe la costumbre de hacer estos cortes con una tijera en la ropa cuando está en buen estado, pues



calzoncillo. Un pañuelo negro, que seguramente subió la portera, oprime fuertemente mi mandíbula y deja marcada una raya en el pelo, que tengo algo crecido, seguramente lo puso para que no se desarticulara mi mandíbula y no me desfigurara; para mí es un tormento; varias veces he intentado chillar, abrir la boca; pero este pañuelo parece de hierro, me oprime con tal fuerza que me impide hacer el menor movimiento; la lengua la tengo seca, como de papel, y siento las venas de mis sienes hacer tic tac al compás de un viejo reloj de caja alta que tiene un ventano tapado con un cuero por el que se asomaba a cantar un gallo al dar las horas; su péndulo daba de vez en cuando

---

creen que es la manera de hacerla respetar de los violadores de sepulturas, que en otro caso se apoderan de ellas para usarlas o venderlas en las prenderías.

en los costados de la caja con un ruido seco parecido a los huesos de una calavera muy pesada. Los ojos los tengo cerrados, pero veo tan claramente la habitación como cuando tenía vida. Los balcones están abiertos de par en par y corridas las persianas; de vez en cuando llega distante hasta mí el ruido de las ruedas de algún carro o el taconeo de algún transeúnte sobre las losas. Lo que más me inquietaba y me producía verdadero horror es el no oír pasos en toda la casa; parecía esta desierta, nadie me velaba, se habían olvidado de mí; una mosca se posó en mi mano y la recorrió durante un largo tiempo; yo la notaba, pero ella hacía su recorrido sin la menor preocupación sobre una cosa inerte como una mesa, un trapo; sentía muy cerca el olor de los cirios, que chisporroteaban y que con el viento que entraba por los balcones daban siniestros bandazos a lo largo de las paredes, y creía adivinar a través de los cristales de una larga vitrina pintada de negro, cuyos estantes estaban llenos de figuras góticas de maravillosos policromados, la sonrisa burlona y casi humana de una virgen primitiva a la que yo tenía gran cariño, con la cara muy brillante y blanca como un *clown*; era la única nota optimista entre tanta tristeza; corría la cera y caía en gruesas gotas sobre la alfombra con un ruido seco y desagradable; de pronto el viento hizo que rodara un candelabro hasta mi caja; sentí el terrible pánico de ser quemado, quise gritar, pedir socorro, pero fue en vano; ni un grito salió de mi garganta; quise mover mis brazos, pero fue inútil, estaban rígidos; hice un supremo esfuerzo por incorporarme, pero no pude conseguir ni moverme una línea; la luz fue disminuyendo por momentos;



solo veía pequeñas lucecitas por el techo parecidas a estrellas; luego nada, estaba muerto...

Una brusca sacudida dada a mi ataúd debió despertarme; luego un hombre, grotesco como un enano, me cogió del cuello de la americana, me sacó de la caja, y quitándome el maldito pañuelo me hizo poner de pie como un muñeco. ¿Dónde están los baúles, que llevo dos horas esperándote a la puerta con el carro? Estás borracho, eres tonto. ¿No decías que te llamase temprano?

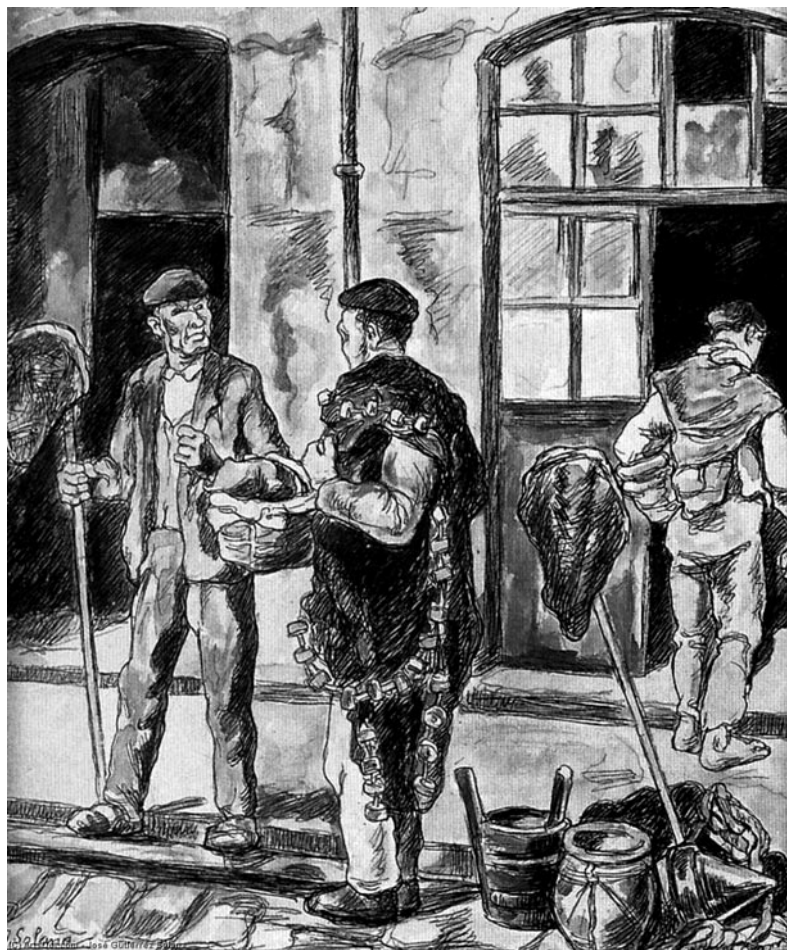
Este enano había coincidido con la hora de mi entierro, cuando estaba el coche fúnebre a la puerta de mi casa y todo el acompañamiento esperándome para llevarme a enterrar en el cementerio de hombres ilustres. Al entrar tiró a un cura de bruces en la habitación, que venía a echarme el responso; atropelló a los viejos del asilo, que estaban en el portal con sendos cirios en las manos, y discutía a grandes voces con un hombre que tenía nariz de porra y el sombrero calado hasta las orejas, el dueño de la funeraria, que con cuatro criados, vestidos con delantales negros hasta los pies, se empeñaban en meterme dentro del ataúd y echar la llave a la cerradura; el dueño daba órdenes para que me bajasen al coche de muerto; que si yo no estaba contento con aquel ataúd irían a por otro mejor; pero que me tenían que llevar al cementerio, pues ellos no querían quedar en ridículo. Pero mi hombre me zarandeó de lo lindo, y gracias a esto recobré el conocimiento y evité el triste fin de que fuera enterrado vivo.

Poco después sentía que me quitaban las botas, y que entre él y mi criada me metían en la cama, con una botella

de agua caliente a los pies; me pusieron sanguijuelas y me tomé algunas medicinas que él mismo preparó.

Yo no sé el tiempo que estuve durmiendo. A la mañana siguiente me encontré con el traje y las botas llenas de polvo; me puse a cepillarlos como sacudiendo el polvo del cementerio; mi baúl, con cantoneras y mis iniciales en tachuelas doradas, estaba sin hacer.

Me volví a acostar, y cuando me disponía a dormir, una cortina se levantó y entró un hombre muy bajito sin dar los buenos días, con cara de besugo, todo boca y orejas, y dijo: «¡Levántate, hombre, y anda! ¡Yo esperando abajo con el burro y tú sin levantarte y como un muerto en la cama! Haz la maleta, que vas a perder el tren como ayer». Me tiró de las piernas y me hizo salir de la cama y ponerme de pie, y sin darme casi tiempo para arreglar mis cosas, me encontré en el portal, luego en la estación, y un poco más tarde estaba perfectamente acondicionado en un vagón de tercera; sonó el pito del jefe de la estación, se cerraron las últimas portezuelas de los coches y el tren emprendió su marcha camino de Santander. Yo, desde la ventanilla, un poco conmovido, mandé un último saludo a este pequeño hombre, a quien tan agradecido tenía que estar.



# Santander

**H**A PROGRESADO MUCHO. Hoy está haciendo un magnífico edificio de Correos, un Banco de España, un flamante teatro. El antiguo se quemó; era un venerable teatro, en el que cantó Tamberlik. Sus paredes, hoy arregladas, sirven para almacén. Ha hecho también un gran hotel a la moderna, con todos los adelantos, y una gran avenida con el nombre de una ilustre dama, y un palacio, estilo inglés, en la península de la Magdalena, que ha regalado a los reyes. Ha cubierto de tierra el muelle, formando un bulevar bordeado de plátanos. Ha derribado el antiguo Casino del Sardinero para construir uno más grande y más blanco, en el que unos señores, vestidos con chaquetas encarnadas y pantalones cortos, salen a tocar a la terraza.

Hay también un real *tennis* en la Magdalena, con premios; un real Tiro de Pichón, con premios también, donde se fusila impunemente a estas aves, mientras las damas, vestidas con trajes ligeros y vaporosos, toman el té, y unas reales carreras con muchos más premios. Pero nosotros sentimos más admiración por el viejo Santander de hace

algunos años. Todavía no estaba hecha la estación del ferrocarril de Bilbao; lo que son hoy los jardinillos del muelle era entonces agua; los barcos anclaban hasta muy cerca de las casas del muelle, y en lo que hoy son paseos y hay estatuas y fuentes, veíamos en seco y varados, cuando la marea era baja, los pataches, traineras y algunos barcos de vapor. A lo lejos, alguno de alto bordo, que hacía el viaje a La Habana, a la Argentina, a Veracruz, aquellos barcos en que ponían sus ojos los que les parecía la Montaña pequeña, los que querían medrar.

La orilla del muelle la constituía una hermosa calle de fincas altas y macizas, todas patinadas por la humedad y la lluvia, algunas venerables por su antigüedad, como la del Gobierno Civil y la que hoy sirve de albergue al Banco de España; pero entre todas se destacaba la que mandó construir mi tío D. Antonino, llamado el Pasiego, a su regreso de México; es una enorme y cuadrada casa de piedra sillería, desde los cimientos al tejado; en la azotea tenía un juego de bolos, que hubo que suprimir por temor a que alguna bola perdida fuera a caer sobre la cabeza de algún transeúnte.

Estas viejas casas del muelle tenían unas hermosas vistas: por un lado la bahía en toda su extensión, y por la parte posterior la plaza de la Libertad, en cuyo centro había un quiosco de música, que no tardará en ser sustituido por la estatua de los héroes de la libertad, Daoiz y Velarde, que ya desmontada de la plaza del Pescado espera su colocación. Aquí tocaba la banda municipal y cantaba el Orfeón Montañés trozos escogidos de los valeses de Baudofil, sobre las olas, los aires montañeses, trozos

de ópera y zarzuela ya en desuso; en fin, toda esa música que ha oído una generación de santanderinos durante las mañanas y tardes de los días de fiesta y en las noches de verano y de ferias. Las plantas bajas de las casas del muelle las constituían en su mayoría oficinas de comerciantes que habían hecho el dinero céntimo a céntimo y pulso a pulso, o comercios más o menos ricos; en estos se podía tomar el pasaje para La Habana, Veracruz, Buenos Aires, y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca.

También había antiguas tiendas de comestibles, en donde se hablaba inglés y en las que se vendía la dura galleta para los barcos, pues entonces no había los refinamientos de hacer pan en ellos. Entre estas se distinguía la de Charles.

En algunas de estas oficinas se sentaban por la tarde los señores graves con grandes levitones, hablando de política, de las oscilaciones de la Bolsa y de la entrada y salida de los barcos mercantes. La mayoría eran ingleses, que venían de Glasgow, Liverpool, Newcastle y Cardiff. Los capitanes de estos barcos tenían la cara roja y el cuello curtido por el mar; mascaban unas pastillas de un tabaco prensado muy duro y negro; era gente de mucha sangre fría y valor, que a veces se hacían a la mar en plena tormenta por haber dado su palabra de que en tal fecha se hallaría en el punto de su destino. Por la noche salían a pasear por el muelle y a beber copas de aguardiente en los cafés. Los marineros cambiaban el tabaco inglés de pipa por el de cajetillas españolas, por gustarles mucho; eran de una generosidad tan grande, que al pisar tierra

gastaban todos sus ahorros y daban muchas propinas; alguna vez ocurría un suceso trágico; uno de estos marineros, que se había perdido de sus compañeros y estaba borracho, iba dando traspiés por los muelles a altas horas de la noche, cuando estaban apagados los faroles, y andando a tientas buscando su lancha para ir a su barco, dándose una costalada se caía al agua y se ahogaba. En las plantas bajas de las casas del muelle había antiguos cafés: El Áncora, El Suizo, donde había reuniones de comerciantes y militares y se jugaba desafortadamente al chameo y metían un gran ruido con las fichas, como si quisieran romper el mármol de las mesas. En estos cafés parecía prohibida la entrada a las señoras, pues no se veía más que, como cosa exótica, alguna extranjera o forastera.

Las señoras tenían su reunión en sus casas, tomaban chocolate elaborado en los conventos y hecho por las monjas a toda confianza, y luego se iban a rezar el rosario y a oír el sermón a la catedral, a San Francisco, al convento del Prado de Viñas; otras optaban por la iglesia de los padres jesuitas; en esta cada padre tenía un confesionario con su nombre para que pudieran elegir.

Hoy el muelle se ha convertido en un hermoso paseo, sus andenes se han ensanchado, tomando terreno al mar a su derecha; se ha construido un espacioso jardín, en el que hay un templete de música muy sólido, pues el antiguo se lo llevó el viento sur, y en que está también la estatua de Pereda. Por la noche este paseo toma un aspecto fantástico, se iluminan las farolas de sus andenes y sentados desde cómodas sillas o en bancos, y al son de la música, vemos desfilar por ellos todas las muchachas de Santander, entre

ellas algunas verdaderamente guapas, y las modistillas, muy dicharacheras y compuestas. Durante la estancia de los reyes el Giralda o algún barco de guerra lanza sobre las fachadas de las casas, a lo lejos del Sardinero o sobre las montañas colindantes, los potentes rayos de sus reflectores, que la iluminan con una fuerte línea de luz y que al cesar parece quedar todo más obscuro, como la pantalla de un cinematógrafo que se fuera apagando. Por el bulevar suben tranvías eléctricos, que van al Sardinero y al paseo de Menéndez Pelayo. Este es uno de los más importantes de Santander, arranca desde el sanatorio del doctor Madrazo y termina en Miranda, desde donde se divisa una hermosa vista: el mar en toda su extensión, hasta perderse a lo lejos, en el que se ven unas lanchas de pesca y hay un barco que parece como de juguete y que va dejando a lo lejos una estela de humo. También hay aquí un banco de piedra en forma de herradura, donde se sientan los viejos con las calladas entre las piernas.

El paseo de la Concepción arranca un poco en cuesta; a su derecha e izquierda está lleno de simpáticos hotelitos; en sus andenes, de trecho en trecho, hay álamos y está asfaltado en toda su extensión.

En una de estas casas pasé parte de mi infancia; este paseo estaba entonces poco poblado y todavía existía la antigua plaza de toros, que no tardó en ser derribada para llevarla a sitio más lejano. Desde los balcones de mi casa se veía una vista admirable: la terminación del muelle y la gran explanada de Puerto Chico; se veían entrar y salir los barcos y el ruido de las sirenas llegaba claro y quejumbroso, como si lo tuviera uno al lado. Se veía la enorme ani-

mación de Puerto Chico; las mujeres, con las piernas desnudas, abrumadas por el enorme peso de los capachos llenos de plateadas sardinas, por cuyas rendijas iba escurriendo todavía agua y escamas que se les pegaban en el pelo; otras iban cargadas con bonitos azulados y con reflejos metálicos, con las agallas todavía chorreando sangre, enormes y panzudos. Luego cruzaban marineros con trajes pintorescos, las boinas, sus vestiduras de hule y sus enormes botas con suela de madera, que metían mucho ruido en el empedrado, llevando a cuestras las redes llenas de plomos y corchos y los remos de las traineras.

Al mediodía veía, desde las ventanas de casa, en el mar, grandes explanadas de arena, donde estaban las barcas tumbadas con las velas puestas a secar al sol, que arrancaba miles de puntos al agua, tan brillantes, que cegaban la vista; hombres y mujeres, con los pantalones y las faldas arremangados, cogían vericuetos y demás mariscos; cuando subía la marea se daban mucha prisa en entrar a sus botes; estos empezaban a cabecear, y al poco tiempo estaban a flote.

Después de cenar me asomaba a la ventana: era una cosa fantástica el cielo, cómo ocultaban a la luna los nubarrones y cómo corría ella hasta verse en medio del cielo; entonces el mar relucía como un espejo y los barcos se veían negros y recortados. En las noches en que el cielo estaba muy oscuro se veían parpadear a lo lejos las luces de los barcos, y ya un poco avanzada la hora se oían voces varoniles y robustas que despertaban a los marineros para ir a la pesca; otras, una voz chillona de una mujer, que se prolongaba con un aire de angustia y que

acababa por indignarse por la tardanza de su marido para bajar; luego resonaban los pasos de unas fuertes botas y las discusiones y blasfemias de un malhumorado a quien habían sorprendido en pleno sueño.

Luego volvía a oírse la voz prolongada de una mujer y la de un chico que llamaba por otro barrio, y los ladridos de algún perro, esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho y tosen bronco, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los grumetes y fieles compañeros de los marineros.



Por algún balcón que se abría se veía una mujer en paños menores y el correr de una vela que proyectaba sombras alargadas en las paredes de las casas vecinas. Luego la luz de las ventanas se iba apagando, se hacía el

silencio, que de pronto era turbado por el ruido ronco y estentóreo de una sirena, que luego se hacía más agudo y penetrante, como el de una voz sobrehumana que clamase y pidiese auxilio.

A la caída de la tarde, Puerto Chico presentaba una gran animación; era la hora en que las traineras traían el pescado, y la gente conocida de la ciudad, que volvía del paseo para ir a rezar el rosario a la iglesia de Santa Lucía, se entretenía, para hacer tiempo, viendo llegar a las barcas. Las mujeres de los pescadores se metían las faldas entre las piernas, bajaban con los pies descalzos unas escalerillas de piedra, y con un cuchillo abrían las entrañas a los pescados, y metiéndoles las manos tiraban las tripas al mar; al concluir la limpieza quedaba un gran trozo de agua al lado de las barcas teñido de sangre. Las campanas de la Almotacenia repicaban sin cesar; aquí se pesaban en grandes básculas los bonitos y los capachos de sardinas; muchas veces había discusiones y peleas; dos pejiñas se pegaban con saña y ferocidad, se arrancaban el pelo y concluían por arañarse la cara. Estos insultos y discusiones interminables los oía con frecuencia. Enfrente de la huerta de mi casa estaba el barrio de Tetuán; a los hombres se les oía poco, pues dormían o estaban en la taberna; pero las mujeres no había día que no riñeran y discutieran con una riqueza de palabras que para sí la quisiera la Academia de la Lengua.

El día de los Santos Mártires, que eran los patronos de Santander, san Emeterio y san Celedonio, era de gala para todo el pueblo; pero preferentemente para los que vivíamos en el paseo de la Concepción, por estar al lado

de Miranda, que era donde se celebraba la fiesta con toda alegría y animación. Por la mañana había gran misa cantada en la catedral, en la que oficiaba el obispo; dentro de la iglesia se hacía una pequeña procesión, llevando en una bandeja los relicarios de plata en que estaban encerradas las verdaderas cabezas de los santos Emeterio y Celedonio<sup>2</sup>, que llegaron a Santander en un barco de piedra de no se sabe qué lejanas tierras, pues esto todavía no se ha podido aclarar.

Asistían a esta procesión el gobernador civil y el militar; el alcalde y todo el Concejo en masa, con frac y levitas algo pasadas de moda y unas chisteras enormes. Llevaban por encima del chaleco los fajines de concejal, con las armas de Santander bordadas en seda. Detrás iban, muy graves y tiesos, los maceros, con sus dalmáticas de terciopelo rojo, las armas del Ayuntamiento bordadas en el pecho, sus pelucas blancas y amarillentas y unos bonetes llenos de plumas; las piernas muy delgadas y torcidas, con grandes arrugas en las medias, pues generalmente todos eran viejos, y en las manos, con guantes blancos, unas grandes y pesadas mazas de plata.

Toda esta vestimenta les daba un cierto aire porteril y pendejo de modelo de un cuadro de historia.

Los catedráticos llevaban colgado del cuello un cordón con una medalla. Daban una vuelta muy despacio alrededor de la iglesia el obispo con unos curas que llevaban en unas andas el brazo de san Germán, que era una canilla encerrada en un frasco de plata y cristal, y las cabezas de

---

<sup>2</sup> En Calahorra también se conservan los dos relicarios de Emeterio y Celedonio, que son patronos de este pueblo montaraz y de gente algo aborricada.

los santos bajo palio, y otros curas que echaban alrededor grandes nubes de oloroso incienso. Detrás todo el elemento civil y los catedráticos. Y la iglesia llena de bote en bote.

Mientras tanto, las campanas de la catedral repicaban alegremente y estallaban bombas y cohetes. Los balcones de todas las casas estaban adornados con colgaduras, con la bandera española o colchas de la cama, y en ellos asomada mucha gente. Todos los sitios inmediatos a la catedral, así como el antiguo puente de Atarazanas, estaban llenos de animación; pero la fiesta de los Mártires, donde presentaba un aspecto más pintoresco y alegre, era a la terminación del paseo de la Concepción en Miranda.

Era esta una pequeña capilla rodeada de un campo, desde el que se veía el mar. Desde por la mañana temprano llegaban mujeres y viejas desde Cueto, Peña Castillo y Santander con capachos llenos de manzanas, peras, ciruelas, higos, avellanas, nueces... y se instalaban enfrente de la ermita para vender su mercancía. Luego, a las primeras horas de la tarde, empezaba un baile muy concurrido de romeros a lo alto, a lo bajo y a lo ligero, acompañado por el tamboril y el pandero; y muchas devotas, poniéndose la falda por encima de la cabeza o un pañuelo, entraban en la ermita.